

IV CONCURSO LITERARIO DE NARRATIVA.

Todas vienen

De niña, Rebeca N'Bwouma cerraba los ojos en Dakar y se imaginaba que era una cantante como su admirada Withney Houston y que estaba casada con Denzell Washington. Después de atravesar media África, cruzar el estrecho de Gibraltar en una patera y llegar a Valencia para acabar de prostituta en el barrio de Nazareth, a Rebeca ya no le quedan ganas de cerrar los ojos, porque, ahora, tanto en su profesión como en su vida, conviene tenerlos muy abiertos y tantear el terreno que se pisa. Ya no cierra los ojos porque esa no es manera de despertar de una pesadilla.

A Adoración del Niño Jesús Alvarado Domínguez no la trajo a España ningún sueño, fue su marido muerto. Adoración vivía en Tijuana y su marido, Lucho Gonsalves, le daba algunos bofetones y le procuraba dinero para criar a sus cinco hijos. Más o menos iban saliendo adelante. Lucho se dedicaba a pasar espaldas mojadas al otro lado de la frontera, apostaba en las peleas de gallos y realizaba algunos recados para el clan de los Domínguez. La bala que lo mató pudo ser disparada por un delincuente común, por cualquiera de los clanes rivales o por un Domínguez, disgustado porque Lucho le robara dinero.

El jefe de la policía federal, que redondeaba su nómina contentando a los Domínguez, no interrogó a nadie, se arrellanó en su silla, murmuró <> y continuó leyendo el periódico.

El clan de los Domínguez al completo se presentó al entierro de Lucho. Néstor, uno de los hijos de Don Luciano, atenazó entre sus brazos de oso el frágil cuerpo de Adoración, que, turbada por las emociones intensas del porvenir de desamparo y de pobreza, hubo de aguantar las inconveniencias de aquel tipo seboso mientras le susurraba requiebros de prostíbulo al oído, con un aliento que despedía una peste a tequila.

-Adoración, si alguna noche nomás, la cama solitaria se te hace un mundo, sea la hora que sea, no dudes en llamar a este güevón para que te riegue.
¿Entiendes?

Adoración, ante la perspectiva de convertirse en la panocha de Luciano y para escapar de las deudas, compró un billete de avión para sus hijos y para ella y aterrizó en Barajas con 500 dólares en el bolsillo.

Irina Iliescu llegó a España siguiendo a su esposo y a todo el clan de gitanos rumanos al que pertenece. Cuando un hombre de respeto se cansa de Valencia, ella y las demás mujeres acataran sin rechistar la decisión y de nuevo saldrán a los caminos, para honrar la fama de pueblo nómada que atraviesa Europa de parte a parte. De momento, acampan en el cauce seco del río, entre Alboraya y Valencia. Y se han construido unas chabolas con planchas metálicas, plásticos, unas cuantas piedras o maderas que actúan de contrafuertes, y despojos sacados de las obras de la ciudad o del vertedero. Casas inestables, donde las ratas, las cucarachas y las hormigas entran y

salen enseñoreándose en sus dominios. Viviendas sin agua, sin electricidad, sin gas.

La familia de Irina vive de la mendicidad: las mujeres ofrecen pañuelos, los hombres limpian los parabrisas o venden el periódico "la Farola" en los semáforos, o muestran el sitio más conveniente para aparcar a cambio de una propina.

Sea verano o invierno, Irina viste una falda de algodón larga y floreada, una blusa de colores, y un pañuelo que le cubre el pelo. Si conociera un poquito más el castellano se atrevería a leerles a los transeúntes la buenaventura tal y como hacía en Praga o podría entender los reproches que le dedican algunos por la aparente contradicción que significa poseer varios dientes de oro y, al mismo tiempo, mendigar.

La familia de Liu Chang escapó de las purgas que el partido comunista llevaba a cabo contra los habitantes de las ciudades. Las autoridades las llamaban "acciones de reeducación" y consistían en una condena segura a trabajos forzados en los campos de una aldea de nombre impronunciable del interior de Camboya. La familia Chang, huyó y huyó y huyó, tan lejos que atravesó medio mundo hasta establecerse en Valencia, donde fueron de los primeros asiáticos en abrir un negocio. Hoy sus hijos regentan una tienda de todo a un euro en la calle de L'Alguer. La joven Liu, de la segunda generación y ya nacida española, se levanta temprano todas las mañanas y acude en moto para abrir a las ocho la persiana metálica de la tienda, hasta que, al mediodía, se pasa su padre y su madre e incluso su abuela para acompañarla.

La costumbre de cerrar los domingos y de tomar vacaciones era, al principio, algo extraño para la familia Chang. Un mes entero de vacaciones al año se les antojaba una exageración, una costumbre bárbara que terminaron por aceptar con no pocas prevenciones y resistencias.

En esta tienda de manera cotidiana Rebeca compra rollos de papel de cocina, compresas, pasta de dientes o vasos de cristal porque queda cerca del locutorio a través del cual remite dinero a su familia de Senegal o les llamaba por teléfono. Adoración nunca entró en este pequeño comercio ya que envía a sus hijos al consum más cercano. Irina entró una vez para solicitar una limosna a los clientes y a los dueños y no volvió nunca más.

Mary Jane Davenport vino a estudiar castellano hace dos años. Esta inglesa rubia, pálida y pecosa, no necesita entrar al país en patera, ni en carromato, ni solicitar un permiso de residencia. Le basta tan solo con mostrar su pasaporte a los guardia civiles de aduanas y sonreír. Si Mary tiene problemas de dinero acude a su banco para retirar las transferencias que su familia le envía desde Manchester o comprueba que la Academia de idiomas en la que trabaja le ha ingresado su nómina. Como es anglosajona y blanca la burocracia no la cataloga de inmigrante sino de "extranjera de un país comunitario". Si lo desea puede votar en las elecciones municipales y en las europeas y la policía no pierde el tiempo reclamando que muestre sus documentos; por tanto, nunca escuchará eso de <>, porque aparenta ser una turista o una estudiante guiri de

veintitantos años. Si por casualidad, los de la academia de idiomas se negaran a pagarle o trataran de estafarle unos euros, ella no dudaría en denunciarles ante magistratura de trabajo, y contaría con la asesoría de cualquier sindicato, amén de la defensa jurídica de un buen abogado.

En el caso de que alguien se quejara de la invasión de tanto rubio pálido y bebedor, cosa extraña puesto que el turismo es una de las primeras industrias del país, ese energúmeno sería tachado de xenófobo, nunca de racista.

Natasha Verteshova es una empresaria rusa afincada en Valencia a la que un periodista de la sección de economía del diario "Las Provincias" realiza una entrevista en su despacho de la calle Don Juan de Austria. Natasha es una mujer madura de unos cuarenta y tantos años, una belleza eslava, rubia, de piel pálida y ojos verdes y almendrados. Viste un traje chaqueta elegante y recoge su cabello en una cola de caballo.

-Cuéntenos cómo se le ocurrió montar una agencia de viajes para rusos en España.

Natasha adelanta el cuerpo hacia delante y recalca sus palabras apoyando los codos sobre la mesa. Sus pulseras de oro y el rolex de la mano izquierda asoman por las mangas. Mantiene los dedos entrelazados para reafirmar sus argumentos. La dicción es insegura y arrastra las erres.

-Mi padre era cónsul de la URSS en España y toda la familia pasábamos el verano en la costa: Valencia, Gandía, Torrevieja, Denia... Eso... propició que me enamorara de este país y cuando el capitalismo llegó a Rusia, monté con unos socios de Moscú una pequeña agencia de viajes que organizaba las vacaciones de los rusos en este país.

-¿De dónde provenía ese capital?

-De unos ahorros de mi familia, de mis socios, de mi trabajo: soy funcionaria, solicité un préstamo... lo corriente...

-Según algunas informaciones usted se apropió de unos locales públicos en la U.R.R.S. a precio de ganga durante la privatización de los bienes del Estado soviético que se produjo en su país.

-Eso es falso, pagué un precio... módico pero... importante.

-¿El precio de mercado?

-¿Cómo iba a pagar el precio de mercado si aún no existía un mercado capitalista, si se estaba... creando?

-Usted pagó 10000 dólares y ahora pagarían 4000 millones por lo mismo.

-Usted parece saberlo todo muy bien.-añade con sorna- ¡Claro que ahora se pagaría todo ese dinero, usted no tiene en cuenta el esfuerzo que he puesto para levantar este negocio! ¡Nadie me ayudó, todo fueron dificultades!

-¿La mafia rusa tampoco?

-¿Usted es policía o periodista?

-No se altere, es simplemente unos asuntos oscuros que deben ser aclarados a mis lectores. Se rumorean muchas cosas sobre usted.

-¡Los... tópicos de siempre! ¡La mafia rusa, se entera, póngalo en su periódico con letras grandes, jamás, y digo jamás, me echó una mano, al contrario, quisieron extorsionarme y por eso abandoné mi país para instalar mi empresa aquí! Mis empleados son españoles que saben ruso o rusos que dominan el castellano...Cien empleados en todas mis oficinas. Quizá abra tres o cuatro oficinas más y multiplique por...por 10 esa plantilla, ¡y usted me habla de corrupción y de la mafia rusa! ¡Estoy creando riqueza y empleo en su país, para su país y usted me tilda de corrupta y de mafiosa!-

Se levanta y con pasos altivos se dirige a la puerta

-Desde que ha entrado, no entiendo lo que pretende... demostrar con sus preguntas. Le agradecería que se marchara de mi despacho... No le invité para insultarme.

Natasha está de pie con el pomo de la puerta en la mano indicándole la salida al periodista, que se levanta con parsimonia. Natasha está alterada. El corazón se le desboca de indignación y su pálida piel está roja de ira. El periodista se marcha.

Natasha se prepara una copa en el mueble bar y vacía el contenido de un trago. Todo muy cinematográfico.

En casa de Yasmina Aouti cuando su marido se marcha a las seis de la mañana para trabajar de peón de albañil en la obra, el jefe de la casa es el hijo mayor de diecisiete años, Abdel. ¿Cómo convencerle entonces para que acuda al instituto? Yasmina pasa por su cuarto y no se atreve a perturbar su sueño, en cambio, sí que entra en el dormitorio para despertar a su hija Rezaa, le prepara el desayuno y la acompaña hasta la puerta del instituto.

Yasmina siempre se procura la compañía de su cuñada, de su suegra o de otras amigas musulmanas con sus hijab en la cabeza y sus shador. Todas juntas forman una bandada de pájaros blancos revoloteando en los colegios, en los parques, en los mercados...

Abdel suele acudir al instituto a la hora del recreo para realizar carreras de motos en el patio; entrar en algunas clases para burlarse de la profesora. Y los fines de semana, se cita con otras pandillas para darse de hostias monótonas en la discoteca. Por el contrario, su hermana saca buenas notas y su padre

siempre la pone como ejemplo ante su hermano, rematando los reproches a su hijo con la frase:

-Estudiad, que el Islam necesita abogados, médicos, maestros, ingenieros...

En estas ocasiones, madre e hija intercambian una mirada cómplice.

Alineadas junto a la carretera de doble sentido Nazaret-Oliva, el grupo de prostitutas negras al que pertenece Rebeca han sido luciérnagas de la noche tratando de atraer la luz de los faros de los automovilistas con gestos obscenos y ofrecimientos carnales. En ocasiones, trabajar en la calle atrae a la gentuza más dispar, y con todo y algunas precauciones, no han sido excepción ciertas palizas, amenazas e incluso situaciones complicadas en que peligró la vida de alguna de las chicas. En estos casos, la única salvación ha sido la solidaridad de todas las demás. En el momento en que una se demora más de lo necesario, se escuchan gritos o cualquier indicio de que alguna cosa no funciona, un enjambre de muchachas furiosas se lanza contra el cafre con piedras y palos hasta ahuyentarlo.

Amanece. La jornada laboral concluye. El perezoso reflejo solar descubre los cañizares cercanos, los contornos de los objetos se van volviendo nítidos. No quedan guaridas en las que refugiarse o escapar. Todo va sumándose a la vista: El descampado de polvo y arbustos, las huertas cercanas, los edificios a lo lejos, los coches, los autobuses, los semáforos...

Las muchachas ya no prestan atención a los coches que pasan. Rebeca, al igual que sus compañeras, corrige el pronunciado escote para domesticar los pechos que saltan a los ojos de los hombres. Alarga la minifalda por la que asomaba el tanga. Esconde los tirantes del sujetador. Borra de su cara el maquillaje blanquecino, el marrón oscuro de los labios y la purpurina de sus párpados. De una bolsa de aseo extrae su cepillo de dientes y un colutor para el aliento. Se dirige a la acequia cercana, sucio riachuelo en donde flotan pañuelos, salvaeslips, compresas, condones. En la acequia, lava su sexo y se cambia de compresa.

De camino a casa, por el puente empinado de Astilleros las muchachas cantan, bailan, ríen. Rebeca se consuela pensando que todos los hombres con los que ha estado eran Denzell Washington. Y después se dispersan, a pie o en autobús, se pierden en las entrañas calientes y vacías de la ciudad.

Adoración lleva un rato fregando los cacharros, planchando la ropa de sus hijos, calentando la leche.

-Adoración, ¿qué hora es?- pregunta Herminia desde el dormitorio.

-Las siete y media, señora, aún es pronto.

-Sí claro, si fuera por ti pasaría todo el santo día en la cama.

Adoración retornó al pasado, le vinieron las imágenes evocadoras de cuando se ganaba la vida cuidando ancianos en el Hospital de la Malvarrosa. La anciana entonces se llamaba Francisca. Adoración le daba el desayuno, la comida y la cena, y llamaba a los enfermeros cuando era necesario cambiarla de ropa o sustituir los pañales manchados, o darle un calmante contra el dolor que la consumía. Adoración le ofrecía compañía y conversación, y las más de las veces, consuelo. Al mismo tiempo, simultaneaba ese trabajo con la crianza de sus hijos pequeños, Lucho , Juan, Pedro y Hugo de doce, diez, nueve y siete años. Su hija Dora, Dorita, que pagaba sus estudios universitarios con trabajos esporádicos en los períodos de vacaciones, la ayudaba en todo lo que podía.

Francisca se estaba muriendo a causa de un cáncer.

El hospital tenía un vestíbulo donde se reunían a conversar los acompañantes de los enfermos, los enfermos y el personal sanitario. Una mesa rodeada de sillas, varios butacones y dos sofás y como decoración dos macetas de palmera. Una ventana enorme, al fondo, incendiaba de rojos y amarillos la estancia cuando la luz del sol lamía la fachada de ladrillos bermellones.

Las acompañantes, en su mayoría mujeres latinoamericanas, conversaban con un café en las manos.. A Herminia le encantaba escuchar desde uno de los butacones y participaba en esas conversaciones. Herminia una mujer alta para su generación, gruesa y enérgica, se asemejaba a un pájaro herido con su bata y su pelo desordenado La mujer se aburría porque a sus familiares no se les ocurría visitarla o ponerle una acompañante. Estaban deseando que la vieja la espichara para repartirse la herencia.

Herminia hizo buenas migas con Adoración, porque le contaba cosas de México y de su marido que Herminia no sabía si tomárselas a broma o en serio. Herminia se hacía cruces de que México, un país de tantos millones de habitantes, rico en petróleo sobreviviera peor que España.

En realidad, cualquier asunto les servía para su cháchara, incluido el último romance de Malena Gracia. A Herminia le encanta ser escuchada y cuando era la otra quien llevaba las riendas de la conversación ella matizaba o preguntaba o corregía, porque Herminia no entiende la escucha como una actitud pasiva.

De repente, un día, Herminia y Adoración acercaron las cabezas para secretar:

-Adoración, los médicos me han asegurado que de esta me salvo, así que me gustaría proponerle algo...

-Usted dirá señora.

-Me encantaría que vinieras a trabajar a mi casa de interna, a cuidar de mí, a ayudarme con las tareas, realizar la compra...

-Verá señora...

-El sueldo será generoso, y cuando muera, te dejaré mis bienes en el testamento...

Adoración se revolvió en su silla incómoda, arrugó las cejas escrupulosa y compuso una mueca de fastidio.

-No es el dinero, usted sabe que tengo cinco niños: a mi Dorita la conoce, ya tiene veinte años, la ha visto por aquí, sin embargo, los otros...

-Pueden venir a casa, tú no sabes lo grande que es, tiene cinco dormitorios, yo compraría literas, lo acondicionaríamos todo...

-¡Pero, usted no sabe el alboroto que arman! No, ni hablar, la volverían a usted loca.

-¿No te he dicho que la casa es enorme?, ni me enteraría. Maldita sea, vete al carajo. Comprendo que no desees vivir con una vieja carcamal.

-Usted no es una vieja carcamal.

-Zalamera, ¿entonces te instalarás en cuanto me den de alta?

-Primero habrá que ver la casa y todo lo demás...

Y la convenció. A Herminia le dieron de alta. La anciana no tuvo mucha paciencia, ni cumplió su palabra, al contrario, se encaró con los niños y les dejó claro desde el principio que amaba el silencio sobre todas las cosas; les amenazó con encerrarles en el desván, así que los niños le tienen miedo.

Francisca murió y los familiares aprovecharon la vorágine del entierro y demás, para dejar sin abonar el último mes que le debían a Adoración. Cosas que pasan. Olvidos. No constaba ningún contrato así que no había forma de reclamar nada ni de denunciar nada.

La voz desde el dormitorio de Herminia suena enérgica y la devuelve al presente.

-Adoración, ¿pusiste el desayuno a calentar? ¿Lavaste los cacharros antes?, porque higiene y sanidad, en México, lo que se dice higiene y sanidad no debe ser un país como para...

-Sí, señora.

-Adoración, ¿puedes traerme el vestido floreado? ¿Cómo es posible que no se haya secado con el calor que hace?, ¿seguro que no lo pusiste en la lavadora cuando te lo dije?, porque como haces lo que se te antoja.

-No, señora.

-Adoración, hoy me apetecen unas lentejas, nada de esas comidas picantes de tu país.

-Sí, señora.

-Adoración, no registres los armarios que el testamento no lo vas a encontrar.

-No, señora.

-Adoración, esos niños maleducados no pueden callarse, si fueran mis hijos les daba una tunda que se iban a enterar.

-Sí, señora.

-Adoración que hija más guapa tienes, no puedo explicarme a quién habrá salido porque, no te ofendas pero tú no eres gran cosa, estas tan estropeada y gorda... Seguramente será a su padre, o a algún lío que tuviste en México, lianta, más que lianta...

En la discoteca Warhol celebraban una fiesta los becados de Erasmus y la sala estaba llena de estudiantes extranjeros. Flotaban las conversaciones susurradas principalmente en inglés y en otros idiomas más marginales como el castellano . Abundaban los colores de piel alborea, el cabello rubio o pelirrojo, las pecas.

El alcohol fluyendo en las venas, el humo de los cigarros impregnándolo todo. Música sincopada, electrónica, percusionada: chunta, chunta, chunta, luces de colores, humo blanco saliendo desde no se sabe dónde y la voz del disc jockey llamando al a acción, moviendo a las masas.

Ya es tarde para Mary y su novio, Blas, un español gordinflón con cara de pánfilo. Los dos se dirigen a casa en el Rover de ella. Ambos comparten piso en la Avenida de Bélgica. En el semáforo de Cardenal Benlloch se les acerca Irina con su hijo rubio en los brazos y les ofrece pañuelos. Mary sube la ventanilla. Irina golpea con los nudillos.

-¡Que te largues, coño!- dice Blas desde el asiento del copiloto.

-Go away.

-Es increíble, todas vienen a este país. Esto se está llenando de extranjeros. No va a quedar ningún español.

El semáforo cambia a verde y Mary arranca. Blas le coge la mano. Ambos están deseando llegar a casa. Salta a la vista lo enamorados que están.

